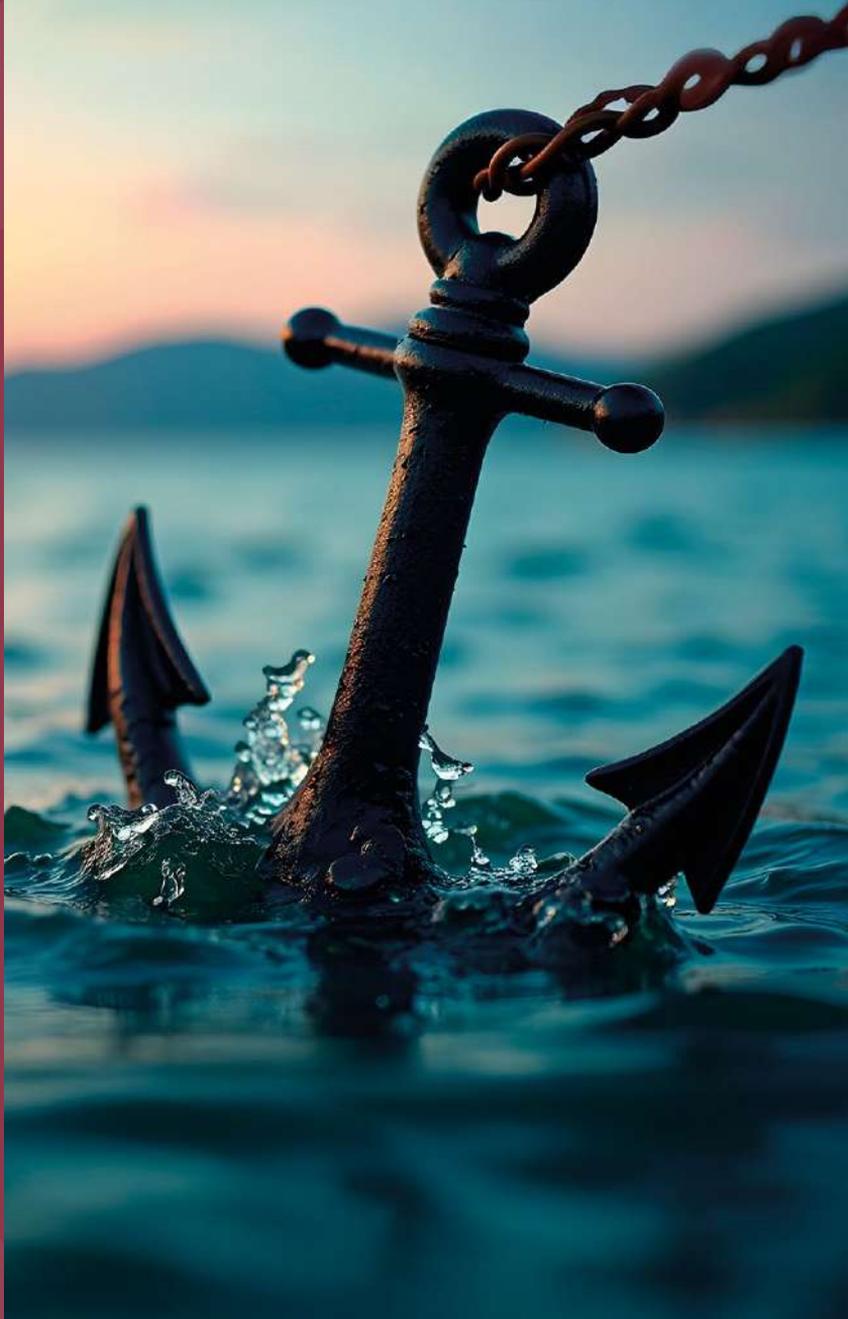


Peregrinos de Esperanza

PLAN DE FORMACIÓN 3 LA ESPERANZA NO DEFRUDA



Peregrinos de Esperanza

**BULA DE CONVOCATORIA DEL JUBILEO
“LA ESPERANZA NO DEFRAUDA”**

PLAN DE FORMACIÓN 3



ARZOBISPADO
DE VALENCIA

© Arzobispado de Valencia

Edita:
Arzobispado de Valencia
Vicaría de Evangelización

Diseño y producción gráfica:
walk[think]
walkthink.es



Las esperanzas humanas y la esperanza cristiana

A) RECONOCER:	12
¿QUÉ ESPERAN HOY LAS PERSONAS? MOTIVOS DE DESESPERANZA	
B) INTERPRETAR:	18
LA ESPERANZA CRISTIANA	
C) ELEGIR:	24
“LUGARES” DE APRENDIZAJE DE LA ESPERANZA CRISTIANA	

La esperanza en la Palabra de Dios

A) RECONOCER:	32
PRESENCIA DE LA ESPERANZA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO	
B) INTERPRETAR:	36
EVOLUCIÓN DE LA ESPERANZA EN EL NUEVO TESTAMENTO	
C) ELEGIR	42
UNA ESPIRITUALIDAD DE LA ESPERANZA: LAS VIRTUDES TEOLOGALES	





Signos de esperanza

- A) RECONOCER: 48
¿HAY SIGNOS DE ESPERANZA HOY EN DÍA?
- B) INTERPRETAR: 52
¿CUÁLES SON ESTOS SIGNOS DE ESPERANZA? ¿CÓMO LEERLOS?
- C) ELEGIR: 58
¿QUÉ PODEMOS HACER PARA SER PEREGRINOS DE ESPERANZA?

Anelados en la esperanza

- A) RECONOCER: 64
LA ESPERANZA, UNIDA A LA FE Y AL AMOR, BASE FIRME DE LA VIDA
- B) INTERPRETAR: 68
LA ESPERANZA ÚLTIMA ANTE LA MUERTE. LA INDULGENCIA
- C) ELEGIR: 72
VIVIR CON MARÍA CON LA MIRADA PUESTA EN LA VIDA ETERNA

Bibliografía 76



PRESENTACIÓN

Al igual que hemos hecho a lo largo del último año, con la publicación de los distintos materiales sobre las cuatro grandes constituciones del Concilio Vaticano II, y los Apuntes sobre la Oración, desde la Comisión Preparatoria para el Año Jubilar, nos complace presentar, en estas primeras semanas de la celebración, estos temas inspirados en la Bula del Papa Francisco “Spes non confundit” (*La esperanza no defrauda*). Un documento, que nos invita a reflexionar profundamente sobre la virtud de la esperanza en nuestras vidas y en la misión de la Iglesia. Una virtud, de la que tan necesitados estamos, tanto, cada uno de nosotros, como también, nuestro mundo actual, y particularmente, tantos territorios de nuestra archidiócesis, afectados por las consecuencias trágicas de la pandemia, del pasado mes de octubre.

A lo largo de estas catequesis, exploraremos juntos el rico contenido de la Bula papal, descubriendo cómo la esperanza cristiana puede iluminar nuestro camino en tiempos de incertidumbre y desafíos. Abordaremos temas como la misericordia divina, la reconciliación, la renovación espiritual y la llamada a ser testigos de esperanza en el mundo actual.

Estos materiales, no sólo nos ayudarán a comprender mejor el mensaje que el Santo Padre nos quiere transmitir, sino también, a vivir más plenamente nuestra fe, arraigados en la esperanza que no defrauda. Deseamos que ayuden a todos cuantos los utilicen, a profundizar más en el conocimiento del significado del Año Jubilar, y a vivirlo con más intensidad, para que los frutos espirituales sean más abundantes.

Juan Melchor Seguí Sarrió

Vicario Episcopal de Evangelización



Introducción

En toda la Iglesia estamos preparando el próximo Jubileo de 2025, que tiene por lema: “Peregrinos de esperanza”. Y no resulta fácil hablar de esperanza en este ambiente de dolor, de sufrimiento por las pérdidas humanas y materiales provocadas por las inundaciones ocurridas en el pasado mes de octubre en Valencia y otros lugares de España, o por las guerras que no cesan, la inmigración, la pobreza, la soledad y tantos otros dramas que aquejan al mundo. Es comprensible que, ante la acumulación de sacrificios y problemas, algunos se sientan tentados de abandonar el espíritu de superación y de sucumbir al pesimismo. Pero el mensaje de Jesús, la Buena Noticia, está enraizada en la realidad, por dura que ésta sea.

El Evangelio nos invita a mirar hacia lo que podemos y debemos cambiar en nuestra propia vida y en el mundo. Los dramas que vivimos pueden ser también una ocasión para mejorar nuestras costumbres e ir adoptando un estilo de vida más responsable para el bien de la familia, de los vecinos y de la comunidad. La Esperanza alimenta las esperanzas humanas de mejorar, de no ceder al desaliento, de volver a empezar.

Por eso, preparar y celebrar el Jubileo no es algo accesorio en nuestra vida de fe, sino que cobra aún más sentido ante tantas situaciones terribles como las que estamos viviendo nosotros y las que se están viviendo en todo el mundo.

La Bula de convocatoria del Jubileo tiene por título “La esperanza no defrauda”. Como dice el Papa Francisco en el punto 1: «Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea, para todos, ocasión de reavivar la esperanza. El Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino».



JUBILEO 2025

La esperanza no defrauda

La preparación al Jubileo se inició hace unos meses, con la reflexión de las Constituciones del Concilio Vaticano II. Y en *Gaudium et spes* 1 se nos dice que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos».

También se nos dice que «para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas». (*GS 4*)

De ahí que seamos interpelados a descubrir la voz de Dios en el grito de cada uno de los seres humanos que encontramos en nuestro caminar, a acompañar, a aprender a escuchar para sanar heridas y liberar personas, sin necesidad muchas veces de dar nada, sino generando espacios de encuentro, entregándonos sin más a los demás.

En este sentido, el segundo momento preparatorio del Jubileo ha estado centrado en la oración, “el oxígeno que hace respirar el alma...”, para redescubrir el valor y la necesidad de la oración diaria en la vida cristiana, cómo orar y, sobre todo, cómo educar a la oración hoy. Para ello se editó un material inspirado en la serie de ocho cuadernos del dicasterio vaticano para la evangelización, titulada: “Apuntes sobre la oración”.

El 9 de mayo de 2024, el Papa Francisco hizo pública la Bula de convocación del Jubileo: “*Spes non confundit*” (“La esperanza no defrauda” *Rm 5, 5*). En ella, el Papa expone las razones y sentido de este Jubileo, y exhorta a toda la Iglesia a vivir este tiempo de modo que pueda ser para todos una oportunidad de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús en los signos de los tiempos, que así serán transformados en signos de esperanza.



De nuevo la Vicaría de Evangelización, a través de la Comisión Preparatoria del Año Jubilar, ha preparado este sencillo material de reflexión sobre el tema de la Bula de convocación del Jubileo: “Spes non confundit”, para que pueda ser utilizado individual o comunitariamente en nuestras parroquias, movimientos, comunidades o asociaciones.

Consta de cuatro temas, cada uno de ellos estructurado en tres momentos: Reconocer – Interpretar – Elegir. Este método, según el Papa Francisco, es algo especialmente necesario para que la Iglesia, y, por tanto, sacerdotes, consagrados y laicos, lleven a cabo su misión evangelizadora, sin quedarse en bellos propósitos o buenas intenciones (*GE*, n. 169). También se proponen al final de cada tema unas preguntas para reflexionarlas individualmente y luego ser compartidas en la reunión de grupo.

Esperamos que este material pueda ayudarnos a todos a vivir el Jubileo como “peregrinos de esperanza”, de modo que, como pide el Papa, «el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza».

A | RECONOCER:
¿QUÉ ESPERAN HOY LAS PERSONAS?
MOTIVOS DE DESESPERANZA

B | INTERPRETAR:
LA ESPERANZA CRISTIANA

C | ELEGIR:
“LUGARES” DE APRENDIZAJE
DE LA ESPERANZA CRISTIANA

LAS ESPERANZAS HUMANAS Y LA ESPERANZA CRISTIANA

**A) RECONOCER:
¿QUÉ ESPERAN HOY
LAS PERSONAS?
MOTIVOS DE
DESESPERANZA**





LA PALABRA (LC 21, 25-26)

*«Habrán signos en el sol y la luna y las estrellas,
y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por
el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los
hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le
viene encima al mundo, pues las potencias del cielo
serán sacudidas».*

En la Bula de convocatoria de próximo Jubileo 2025, *Spes non confundit* (“La esperanza no defrauda”), el Papa nos habla de que en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad.

En los números del 10 al 37 de *Fratelli tutti*, el Papa Francisco hace un análisis de los motivos que, tanto a nivel social como personal, llevan al desánimo y la desesperación.

El Papa señala que, durante décadas parecía que el mundo había aprendido de tantas guerras y fracasos y se dirigía lentamente hacia diversas formas de integración, pero la historia da muestras de estar volviendo atrás, de distintos modos.

Por una parte, se suscita la desconfianza. Hoy en muchos países se utiliza el mecanismo político de exasperar, exacerbar y polarizar. Se fomenta una pugna de intereses que nos enfrenta a todos contra todos, donde vencer pasa a ser sinónimo de destruir, y la marcha hacia un mundo unido y más justo sufre un drástico retroceso.

Por otra parte, en el fondo no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—, o si “ya no sirven” —como los ancianos—.



Este descarte de personas se expresa de múltiples maneras: Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos. También se manifiesta en la obsesión por reducir los costos laborales, que no advierte las graves consecuencias que esto ocasiona.

Guerras, atentados, persecuciones por motivos raciales o religiosos, y tantas afrentas contra la dignidad humana, van multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de la que podría llamar una “tercera guerra mundial en etapas”.

Asimismo, las expresiones de racismo vuelven a avergonzarnos. Tanto desde algunos regímenes políticos populistas como desde planteamientos económicos liberales, se sostiene que hay que evitar a toda costa la llegada de personas migrantes. No se advierte que, detrás de estas afirmaciones abstractas difíciles de sostener, hay muchas vidas que se desgarran. Muchos escapan de la guerra, de persecuciones, de catástrofes naturales.

Se crean nuevas barreras para la autopreservación, de manera que deja de existir el mundo y únicamente existe “mi” mundo. Reaparece la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas.

También se constata un deterioro de la ética, que condiciona la acción internacional, y un debilitamiento de los valores espirituales y del sentido de responsabilidad. Todo eso contribuye a que se difunda una sensación general de frustración, de soledad y de desesperación. Impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada.

Otro motivo de desesperanza lo encontramos en *Amoris laetitia* (33): el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares. El ritmo de vida actual, el estrés, la organización social y laboral, son factores culturales que ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes.

Tampoco se puede olvidar, como señala el Papa en *Laudato si* (25.27) y en *Laudate Deum* (2.5) que el cambio climático es un problema



global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad.

Por más que se pretendan negar, esconder, disimular o relativizar, los signos del cambio climático están ahí, cada vez más patentes. Nadie puede ignorar que en los últimos años hemos sido testigos de fenómenos extremos, períodos frecuentes de calor inusual, sequía y otros quejidos de la tierra.

Es verdad que no cabe atribuir de modo habitual cada catástrofe concreta al cambio climático global. Sin embargo, sí es verificable que determinados cambios en el clima provocados por la humanidad aumentan notablemente la probabilidad de fenómenos extremos cada vez más frecuentes e intensos.

Conocemos bien la imposibilidad de sostener el actual nivel de consumo de los países más desarrollados y de los sectores más ricos de las sociedades, donde el hábito de gastar y tirar alcanza niveles inauditos. Ya se han rebasado ciertos límites máximos de explotación del planeta, sin que hayamos resuelto el problema de la pobreza.

No tenemos reacciones suficientes mientras el mundo que nos acoge se va desmoronando. Es indudable que el impacto del cambio climático perjudicará de modo creciente las vidas y las familias de muchas personas. Sentiremos sus efectos en los ámbitos de la salud, las fuentes de trabajo, el acceso a los recursos, la vivienda, las migraciones forzadas, etc.



Ante estos motivos de desesperanza, siguen vigentes las palabras que encontramos en la constitución *Gaudium et spes* (10), del Concilio Vaticano II, decía:

«Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella?»



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Cuáles son los problemas que más me preocupan y más desesperanza me provocan?

¿Qué actitud adopto ante estos motivos de desesperanza?

¿De qué modo influyen en mi vida cotidiana?

¿Me he planteado alguna de las preguntas que aparecen en *Gaudium et spes*? ¿He encontrado alguna respuesta?

Reflexiones



**B) INTERPRETAR:
LA ESPERANZA
CRISTIANA**



LA PALABRA (LC 21, 27-28)

«Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación».

Pero como hemos dicho, el Papa nos recuerda en la Bula de convocatoria del Jubileo que en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, una certeza que ya había apuntado en *Fratelli tutti* (54-55): a pesar de estas sombras densas que no conviene ignorar, hay caminos de esperanza. Porque Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien.

La esperanza está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Esta esperanza se manifiesta a veces de modo inconsciente, como una sed, una aspiración, un anhelo de plenitud, un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor.

Y, para nosotros, la esperanza tiene un nombre y una razón: Cristo. La esperanza cristiana nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz. El Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza.

Por eso, como indica la Bula (3.5), «la esperanza no defrauda», porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino. La esperanza cristiana no cede ante las dificultades porque se fundamenta en la fe, se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida.

La vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús.

En este sentido, el Papa Benedicto XVI escribió una encíclica sobre la esperanza, *Spe salvi* (“En esperanza fuimos salvados”). En los



números 30 y 31 nos dice que, a lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida.

Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar.

Nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquéllas no bastan.

Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar.

Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es «realmente» vida.

En muchos textos encontramos desarrollada la idea del “largo alcance” de la esperanza cristiana, que apunta a la resurrección y la vida eterna, a la participación permanente en la salvación que Dios nos ha prometido. Más aún, nuestra esperanza pone su mirada no sólo en la resurrección del ser humano, sino también en un cielo nuevo y en una tierra nueva. La figura de este mundo pasará, pero habrá un



cielo nuevo y una tierra nueva. La creación entera, creada por Dios pensando en el ser humano, será liberada de la esclavitud de la incorruptibilidad. Nada de lo que ha sido creado se perderá o será inútil.

Algunos acusan al cristianismo de proclamar una esperanza carente de fundamento, pero los cristianos pueden replicar que su esperanza se basa en la historia de Dios con la humanidad y, sobre todo, en la resurrección de Jesucristo. En la historia de la salvación, la humanidad ha experimentado de continuo la fidelidad de Dios en su actuación. Esta experiencia ha llevado a la certeza creyente de que Dios es fiel.

Ciertamente, el miedo al futuro crea tensión con la esperanza. A veces asoma en el ser humano el temor ante el futuro y ante lo nuevo que éste trae consigo. No hay sólo absoluta seguridad alegre, sino también preocupación punzante y miedo ante lo inesperado. La esperanza cristiana no libera de tales temores, pero da la fuerza para plantarles cara y para asumirlos en unión con el Señor, porque la salvación en la que los cristianos esperan ha irrumpido ya, y proyecta una luz nueva sobre nuestra vida terrena. Dios actúa ya aquí, por medio de su Espíritu.

La esperanza cristiana nos empuja a configurar nuestra vida poniendo la mirada en la realidad esperada y, por lo tanto, tiene repercusiones en el comportamiento del ser humano. Dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* (274): «Nada es más propio para afianzar nuestra Fe y nuestra Esperanza que la convicción profundamente arraigada en nuestras almas de que nada es imposible para Dios».

Por tanto, la esperanza preserva de la resignación, insufla ánimo también allí donde todo parece decir que no hay lugar para la esperanza. Y así, el cristiano puede sobrevivir al fracaso de alguna que otra esperanza porque puede esperar “contra toda esperanza” (*Rom 4, 18*).



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Cómo definiría, con mis propias palabras, la esperanza cristiana?

¿Cuál de las ideas recogidas en estos párrafos me ha resultado más novedosa o iluminadora?

DICE EL PAPA BENEDICTO XVI EN SPE SALVI 1:

«Según la fe cristiana, se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino». ¿Cómo influye la esperanza cristiana en mi vida cotidiana? ¿Tengo presente la meta hacia la que apunta esta esperanza?

Reflexiones

C) ELEGIR:

**“LUGARES” DE APRENDIZAJE
DE LA ESPERANZA CRISTIANA**





LA PALABRA (LC 21, 34-36)

«Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad, pues, despiertos en todo tiempo».

El Magisterio de la Iglesia nos ofrece pistas para poner en acción la esperanza, porque nuestra vida cristiana, que debe realizarse en la fe y en el amor, está llena de esperanza. De ahí la importancia del lema del Jubileo 2025: “Peregrinos de esperanza”. Cuando los cristianos hablan de su esperanza, se refieren a aquella actitud fundamental en la que ellos confían en que Dios cumple en Jesucristo su promesa: la salvación para todo individuo humano, para la Iglesia, para toda la humanidad e incluso para toda la creación en la gloria del cielo nuevo y de la tierra nueva. Ése es el contenido de la esperanza cristiana.

De ella debemos dar testimonio a través de todas nuestras pequeñas esperanzas, y en todas las decepciones y sufrimientos. Porque Jesús venció a la muerte mediante sus sufrimientos en la Cruz y con su resurrección, por eso es fundada la esperanza en un mundo en el que se han levantado y se levantarán muchas cruces.

En la primera carta del apóstol san Pedro se nos dice: “Estad siempre dispuestos para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto” (1Pe 3, 15-16). Para ello, encontramos diferentes “lugares” de aprendizaje de la esperanza cristiana, que están muy relacionados entre sí.

Un primer “lugar” de aprendizaje de la esperanza cristiana es el mundo, el pequeño mundo en el que cada uno desarrolla su vida. Para los cristianos, la esperanza no es promesa vana ni huida del mundo. La vida en este mundo pasajero es el camino a la vida eterna, y la esperanza da pie para comprometerse en el mundo y por el mundo, pues este mundo debe alcanzar su consumación en Dios. La petición



del Padrenuestro “Venga a nosotros tu Reino” apunta a que la voluntad de Dios influya en el mundo y determine la vida de la humanidad, porque el Reino de Dios debe tomar forma ya aquí, aunque sólo en la eternidad alcanzará su consumación.

Por tanto, los cristianos no pueden contentarse jamás con la situación reinante en el mundo, sino que deben esforzarse de continuo para percibir las insuficiencias e injusticias reinantes en el mundo y trabajar con la mirada puesta en un mundo mejor. Pero, al mismo tiempo, los cristianos deberán ser siempre conscientes de que no puede haber en este mundo justicia plena ni paz imperturbable.

Otro “lugar” donde ejercitar y alimentar la esperanza es el recuerdo, rememorar las grandes proezas de Dios, en lo grande y en lo pequeño, en lo personal, en lo familiar, en lo social, en lo eclesial. Tal recuerdo debe llevar al agradecimiento, y alimentamos la esperanza cuando damos gracias a Dios por todo lo bueno que Él ha hecho.

Pero es en la oración donde la esperanza se realiza de modo particular. La oración es, por excelencia, el “lugar” de aprendizaje de la esperanza cristiana. Jesús mismo nos enseñó la oración clásica de la esperanza, el Padre nuestro, que hace que fijemos nuestro pensamiento y acción en el advenimiento de su Reino. Cuando oramos con el espíritu de Jesús, nuestra confianza en Dios y su promesa purifican todas nuestras expectativas de futuro, deseos, esperanzas y temores.

El Papa Benedicto XVI, en *Spe salvi* (32-37), nos ofrece con claridad el modo de “aprender” la esperanza cristiana desde la oración, porque cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad... el que reza nunca está totalmente solo.

Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás.



En la oración, la persona ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas.

Así, con y desde la oración, nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana.

Otro “lugar” de aprendizaje de la esperanza cristiana, que debe ir muy unido a la oración, es el sufrimiento, que forma parte de la existencia humana. En la lucha contra el dolor físico se han hecho grandes progresos. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, que es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella.

Nosotros sabemos que este Dios existe y que está presente en el mundo: Cristo, que “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo...” (cfr. *Flp 2, 6-9*).

Desde los “lugares” de aprendizaje que son la oración unida al sufrimiento descubrimos que lo que cura al ser humano no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. Cristo ha descendido al «infierno» y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando



por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz.

Así, desde estos “lugares” de aprendizaje de la esperanza cristiana, tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas: solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida; colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano...

Y, “aprendiendo” la esperanza cristiana desde estos “lugares”, descubro que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar ánimo para actuar y continuar en el presente. Lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios.



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Qué ideas de este apartado me resultan más significativas? ¿Por qué?

¿Cuál de estos “lugares” de aprendizaje de la esperanza cristiana necesito reforzar? ¿Cómo lo voy a hacer? (compromiso concreto, posible y revisable)



Reflexiones

A large, light green rectangular area with rounded corners and a dotted border, intended for writing reflections.

A | RECONOCER:
PRESENCIA DE LA ESPERANZA
EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

B | INTERPRETAR:
EVOLUCIÓN DE LA ESPERANZA
EN EL NUEVO TESTAMENTO

C | ELEGIR:
UNA ESPIRITUALIDAD DE LA ESPERANZA:
LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS

LA ESPERANZA EN LA PALABRA DE DIOS

**A) RECONOCER:
PRESENCIA DE LA
ESPERANZA EN
EL ANTIGUO TESTAMENTO**





LA PALABRA (RM 5, 5)

«La esperanza no defrauda».

La Bula de convocatoria del Jubileo lleva por título y comienza con esta cita de la *carta del apóstol san Pablo a los Romanos*. La esperanza no defrauda porque está presente en toda la Historia de la Salvación, recogida en la Sagrada Escritura.

«Esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables. Ya en los relatos del *Génesis* encontramos la promesa hecha por Dios a la humanidad pecadora (*Gn 3, 15; 9, 1-17*), mostrando que Dios no la dejó jamás sin esperanza.

Las historias de los patriarcas, recogidas en los capítulos 12 al 50 del libro del *Génesis* muestran que Dios es un Dios que camina con su pueblo y lo guía y le da la esperanza de la posesión de la tierra y una numerosa descendencia. Y, a pesar de la continua infidelidad humana, Dios sigue manteniendo su alianza y su promesa.

Con Abraham es con quien comienza verdaderamente la historia de la esperanza bíblica, que marca el devenir del pueblo de Dios desde sus orígenes, hacia un porvenir de felicidad. Dios fue revelando poco a poco a su pueblo este porvenir, que no será una realidad de este mundo, sino en la vida eterna (*1Jn 2, 25*), en la que “seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es” (*1Jn 3, 2*).

El Dios de Israel no es un Dios que presida impasible el curso de la historia humana, sino que es un Dios vivo, que se interesa por la vida, un Dios que libera y guía, un Dios que interviene en la historia y abre camino a una nueva historia. Es un Dios de esperanza.

La esperanza, fundada en Dios, llega al pueblo por medio de hombres y mujeres que son como hitos que marcan el curso de la historia. Así lo vemos reflejado en los llamados “libros históricos”: *Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes*. Estos libros abarcan un período de unos seis siglos y medio, y se denominan “históricos” no porque reflejen fielmente los acontecimientos, como una cró-



nica, sino porque se refieren al tiempo pasado, que es el propio de la historia.

La historia bíblica es una lectura de los acontecimientos hecha desde la fe en Dios, por autores creyentes, que quieren compartir con sus lectores esa misma fe. Por eso es “historia sagrada”, “historia de salvación”, porque descubre la referencia de las cosas y los acontecimientos a Dios: todo viene de Dios, todo está guiado por él, y todo camina hacia Él, que es el cumplimiento de toda esperanza. Para los autores sagrados, los factores y motivaciones que determinan la marcha de la historia son de orden trascendente y se producen en la medida en que quienes protagonizan esos hechos se acercan o apartan de Dios.

Sobre todo, la esperanza fundada en Dios llega al pueblo por medio de los profetas. Se es profeta por elección del Señor, Él ha llamado a cada uno de los profetas, y a la llamada sigue la misión: el profeta ya no actúa por cuenta propia, sino por cuenta y en nombre de Dios.

La llamada y el envío convierten al profeta en un personaje público, que no puede guardar para sí el mensaje de Dios, y se dirige a unos destinatarios a menudo indiferentes e incluso hostiles a su mensaje.

Los profetas se servían de oráculos, relatos, discursos, acciones simbólicas, e incluso su propio estilo de vida. Su mensaje se dirige tanto a la denuncia crítica frente al desorden en todas las áreas de la vida (religiosa, social, económica, política...) como a promover la conversión y, sobre todo, anunciar la salvación prometida. Por eso, a pesar del negro horizonte, los profetas ofrecen en su predicación un decidido impulso hacia la esperanza. Así lo vemos en *Jeremías*, que en los capítulos 30 y 31 (conocidos como “*Libro de la Consolación*”) anuncia al pueblo: “Vienen días —oráculo del Señor— en que cambiaré la suerte de mi pueblo Israel y de Judá, dice el Señor, y haré que vuelvan a la tierra que di como heredad a sus antepasados” (30, 3).

Los profetas fueron auténticos forjadores de esperanza, que abrieron la historia y los horizontes de su pueblo hacia un futuro de salvación y plenitud. Basados en las grandes verdades y experiencias del éxodo, de la alianza, de la elección de la casa de David... los profetas



anuncian y esperan un nuevo éxodo, una nueva alianza, y un nuevo David que instaure sobre la tierra el Reino.

Los profetas sitúan el centro de la esperanza de Israel en su felicidad temporal, pero suspiran también por el día en que Israel se verá lleno del conocimiento de Dios porque Dios habrá renovado los corazones y todas las naciones se convertirán. Este progreso en la concepción de la esperanza va a realizarse entre los piadosos y los sabios. Así, comienza a surgir la esperanza de la resurrección (*2Mac 7*, martirio de siete hermanos y su madre), y también la figura del Hijo del hombre (*Dan 7*). La esperanza de los sabios se orienta hacia una paz (*Sab 3, 3*), un reposo (*4, 7*), y una salvación (*5, 2*), que no están ya en la tierra, sino en la inmortalidad (*3, 4*), cerca del Señor (*5, 15ss*). De esta manera la esperanza se orienta ya hacia el mundo venidero.

En tiempo de Jesús, la esperanza judía variaba según las corrientes religiosas de entonces, reflejando una esperanza en un porvenir a la vez material o temporal (saduceos, zelotes...) y espiritual o eterno (esenios, fariseos...).



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Cuáles son las características de la esperanza, recogidas en el Antiguo Testamento?

¿Hay en la actualidad “profetas de esperanza”?

¿Cuál es el contenido de su mensaje?

Reflexiones

A large, light purple rounded rectangular area with a dotted border, intended for writing reflections.



**B) INTERPRETAR:
EVOLUCIÓN DE LA
ESPERANZA EN EL
NUEVO TESTAMENTO**



LA PALABRA (MT 11, 2-5)

«Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, mandó a sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados».

La revelación definitiva de Dios en Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza. Jesucristo realizará las esperanzas de Israel, pero no al modo de un triunfalista reino terrestre, tal como el pueblo interpretaba. Él proclama la venida del Reino de Dios a este mundo, pero este Reino es una realidad espiritual que sólo es accesible a la fe. El Reino ya está presente pero, no obstante, es todavía futuro.

El Evangelio de Jesús es el evangelio de la esperanza, la Buena Noticia, anunciadora de un futuro feliz. La humanidad camina hacia ese futuro, que culmina en el más allá. El Evangelio engendra en el creyente el deseo y la esperanza de alcanzar un día esa prometida felicidad, a la que están todos llamados.

En el mensaje de Jesús sobre la venida del Reino de Dios, lo decisivo es que el cumplimiento de esta esperanza no os obra y fruto del esfuerzo humano sino obra y don de Dios. Para Jesús, el Reino de Dios no es una fuerza intramundana (política, social, cultural...), ni una utopía, ni un programa de reforma.

El mensaje de Jesús contiene la esperanza en una promesa que no puede realizarse por los caminos de la técnica, de la economía o de la ciencia. Supone una concepción de la existencia que, aunque es plenamente consciente de que el ser humano se halla ligado a este mundo, sabe igualmente que no se agota aquí el sentido de su vida. El ser humano encuentra su perfección última solamente en la comunión con Dios y, por tanto, no puede conseguir por sí mismo el cumplimiento de esa esperanza.



En Jesús también vemos que la esperanza cristiana es inseparable de la cruz; pero la cruz tampoco se puede separar de la resurrección del Señor. La victoria de la cruz mantiene y alimenta la esperanza porque es la victoria del amor sobre el odio y la violencia, de la verdad sobre la mentira, de la vida sobre la muerte. La cruz es signo de la esperanza en la liberación final y en la victoria definitiva de Dios, y por eso reconforta a quienes están sumidos en la noche del sufrimiento y de la muerte porque, mirando a Jesús crucificado y resucitado, pueden “esperar contra toda esperanza” (*Rom 4, 18*).

A partir de la resurrección de Jesús, la esperanza de la Iglesia se dirige hacia la segunda venida de Jesucristo al final de los tiempos, pues sólo entonces la humanidad entrará definitivamente en el Reino de Dios, en la vida eterna.

Pero “en cuanto al día y la hora, nadie lo conoce” (*Mt 24, 36*), por lo que esta incertidumbre exige que se esté en vela (*Mt 25, 13*), con una esperanza inquebrantable en las pruebas. La esperanza de la Iglesia es gozosa, incluso en el sufrimiento, pues la gloria que se espera es tan grande (*2Cor 4, 17*: “Momentáneas y ligeras son las tribulaciones que, a cambio, nos preparan un caudal eterno e incommensurable de gloria”) que repercute ya en el presente (*1Pe 1, 8-9*: “Todavía no lo habéis visto, pero lo amáis; sin verlo creéis en Él, y os alegráis con un gozo inefable y radiante; así alcanzaréis la salvación, que es el objetivo de vuestra fe”).

San Pablo comparte la esperanza de la Iglesia, aportando elementos de gran valor, como la “redención de nuestro cuerpo” (*Rom 8, 23*), ya sea por la transformación de los vivos (*1Cor 15, 51; 1Tes 4, 13-18*) o sobre todo por la resurrección de los muertos.

El primero y más antiguo testimonio escrito sobre la resurrección de Cristo se encuentra en la *primera carta a los Corintios* (15, 4): “Resucitó al tercer día, según las Escrituras”. Con estas palabras indica que la resurrección de Jesús es el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento, el cumplimiento de la esperanza de Israel.

En el Antiguo Testamento esta esperanza permanecía abierta e indeterminada; tan sólo en época tardía, en días de opresión y persecución,



esta esperanza se condensa en la expectativa de la resurrección de los muertos al final de los tiempos (*Dan 12, 1-2; 2Mac 7, 9ss*). Es en Jesucristo, muerto y resucitado, en quien Dios hizo definitivamente verdadera esta esperanza.

En este sentido, la liturgia de la Vigilia Pascual desarrolla el mensaje de la resurrección de Jesús, no sólo como cumplimiento de la esperanza de Israel, sino también como plenitud de la creación entera.

En la primera lectura se recuerda la creación primera. Así como entonces Dios llamó a la existencia a lo que no era, del mismo modo en la nueva creación llama a los muertos a la nueva vida. Al resucitar a Jesús, por consiguiente, Dios defiende su creación y afirma la vida sobre la muerte.

En la segunda lectura, se anuncia la resurrección como el cumplimiento de la historia de la salvación, que comenzó con la vocación de Abrahán.

En la tercera lectura, la resurrección se presenta como el cumplimiento de la liberación de Israel, esclavizado en Egipto: el paso del Mar Rojo es prefiguración del paso de Jesús de la muerte a la vida.

Las otras lecturas del Antiguo Testamento interpretan la Pascua como cumplimiento de la promesa profética que asegura la renovación del pueblo elegido de Israel mediante un nuevo corazón y un nuevo espíritu.

Y las lecturas del Nuevo Testamento no sólo vuelven la mirada hacia atrás, sino que se proyectan sobre todo hacia adelante. En la resurrección de Jesucristo se abre de nuevo el futuro y se instaura definitivamente la esperanza para todos. Su resurrección es la garantía de que al final la vida vencerá a la muerte, la verdad a la mentira, la justicia a la injusticia y el amor al odio e incluso a la muerte.

Por eso, la resurrección de Jesucristo es el punto de partida y el fundamento de nuestra esperanza. La esperanza cristiana no es una ilusión o una proyección de nuestros deseos, ni es una confianza simplista en un final feliz. El fundamento de nuestra esperanza es la resurrección de Jesucristo, y nosotros esperamos participar de esa misma resurrección (*Rom 6, 5; 1Cor 15, 12-22; Flp 3, 11...*)



Esta esperanza afecta no sólo al alma y al espíritu del ser humano; es también esperanza en una transformación de nuestro cuerpo y del cosmos entero. Nada, excepto el mal, queda excluido de esta esperanza. Y también la Creación, sometida a la caducidad, participa de esa esperanza, con gemidos y dolores de parto, hasta que llegue su liberación plena (*Rom 8, 18-22*).

Toda la Sagrada Escritura nos habla de esperanza porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y que viva por Jesucristo. El último libro de la Escritura, el Apocalipsis, expresa el mensaje de esperanza del Antiguo y del Nuevo Testamento. Al final del libro encontramos un diálogo en el que intervienen Jesús, el Esposo, y la asamblea cristiana, la Esposa: “Sí, vengo pronto”, dice el Esposo; y la Esposa le responde: “¡Ven, Señor Jesús!” (*Ap 22, 20*). Este versículo reproduce una oración aramea de la Iglesia de los primeros días: ¡Marana tha! (*1Cor 16, 22*). La esperanza cristiana no hallará jamás mejor expresión, puesto que no es en el fondo sino el deseo ardiente de la presencia del Señor.



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

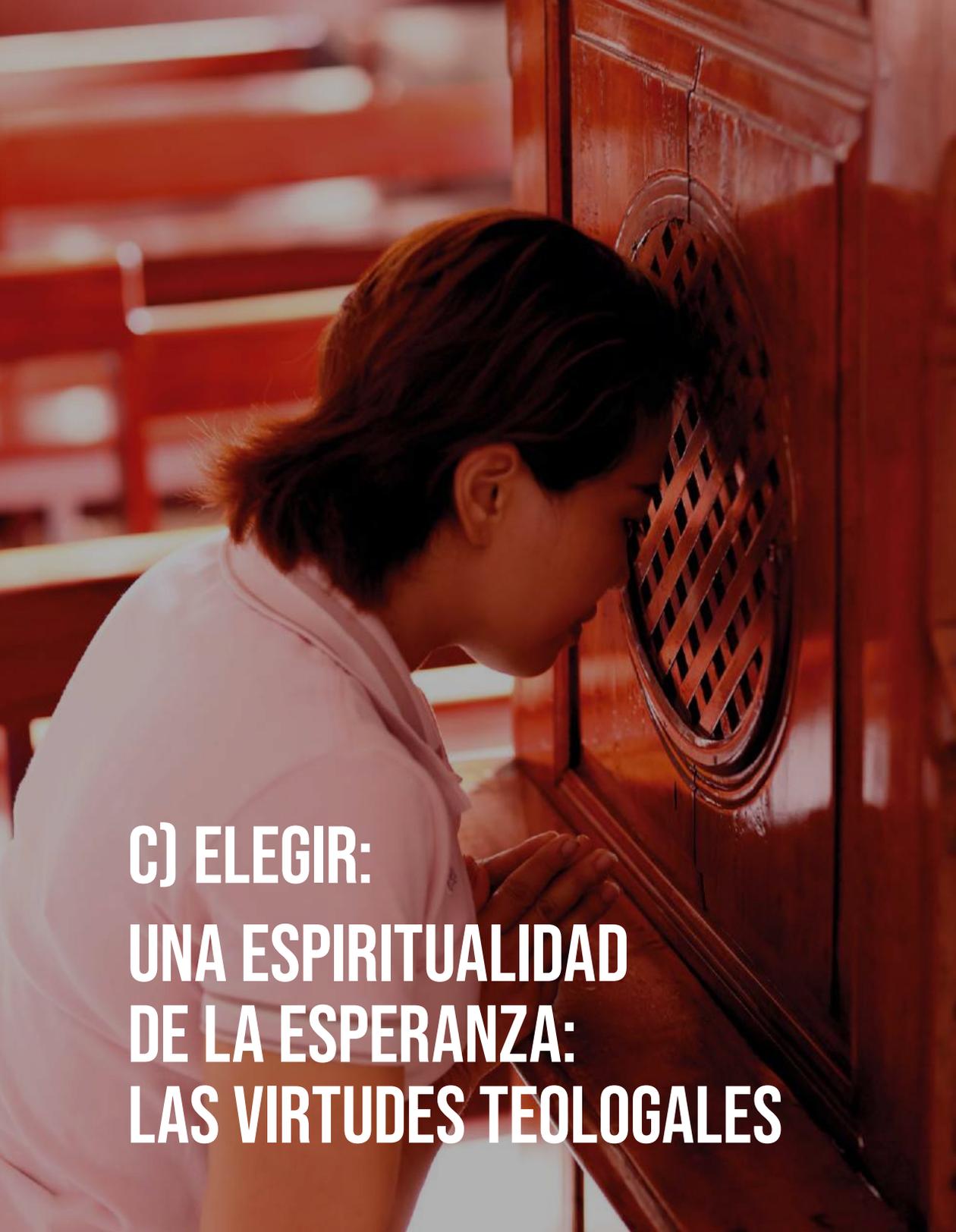
¿Cuáles son las características de la esperanza, recogidas en el Nuevo Testamento?

¿Cómo influye, en mi vida diaria, en mis relaciones y trabajos, la esperanza de participar de la resurrección de Cristo?



Reflexiones

A large, light purple rectangular area with rounded corners and a dotted border, intended for reflections or notes.



**C) ELEGIR:
UNA ESPIRITUALIDAD
DE LA ESPERANZA:
LAS VIRTUDES TEOLOGALES**



LA PALABRA (ROM 5, 5)

«Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado».

La mirada llena de esperanza que proyectamos hacia adelante, hacia el final de los tiempos, nos obliga a volver los ojos al presente y a nuestra responsabilidad en el hoy de la historia. El futuro, que Cristo Resucitado ha inaugurado de forma definitiva, se va realizando en nuestro hoy por obra del Espíritu Santo. Él es quien hace presente la obra de Jesucristo en nosotros, en la Iglesia y en el mundo.

El Espíritu Santo es enviado para actualizar constantemente en la historia a Jesucristo, sus palabras y sus obras. En las cosas, sucesos y acontecimientos más insignificantes y cotidianos podemos descubrir la huella del amor de Dios y de su Espíritu.

La espiritualidad cristiana es la vida alentada por el Espíritu. Y, como el Espíritu dirige toda la realidad hacia su plenitud definitiva, su ser y su acción se manifiestan sobre todo donde se vive una espiritualidad de la esperanza, manifestada en el trabajo en favor de la justicia, la libertad y la paz, allí donde florece el perdón y el servicio, la entrega y la donación.

Estas acciones del Espíritu Santo son como una participación de la gloria futura (2Cor 1, 22). Son comienzo y anticipación de la plenitud definitiva. Por eso, el Espíritu es el poder de la esperanza y la fuerza de una vida fundada en la esperanza. El Espíritu es la fuerza que nos permite resistir y perseverar, nos infunde valor y ánimo para trabajar por Cristo y su Reino a pesar de todos los obstáculos.

La espiritualidad cristiana supone vivir desde la fe, de la esperanza y de la caridad, las tres virtudes teológicas, llamadas así porque es Dios quien nos las otorga y también porque tienen a Dios como fin.

Por la fe, el ser humano apoya toda su existencia en Dios. La fe es luz que ofrece orientación, perspectiva, dirección y sentido para la vida. Es verdad que la fe, como entrega personal al Misterio de Dios,



está rodeada de oscuridad, preguntas y dudas, puesto que todavía no vivimos en la plenitud de la luz de Dios.

Pero, a pesar de todo, la certeza de la fe se mantiene, porque no se basa en el conocimiento humano, sino en la verdad de Dios, que nos descubre de un modo nuevo la verdad sobre nosotros mismos y sobre el mundo.

Unida a la fe, vivimos la esperanza. En virtud de la fe en Dios, el ser humano se orienta enteramente hacia el Reino futuro de Dios, que ya se ha manifestado en Jesucristo. Por esa esperanza se subordinan otros intereses y se soportan con valor y paciencia los sufrimientos y persecuciones. La esperanza también nos libera también de la apatía y del hastío de la vida cotidiana, orientándonos hacia el bien supremo que todo lo abarca y todo lo supera, hacia Dios mismo como perfección de toda la Creación.

La caridad es la concreción de la fe y de la esperanza. Se ama a Dios sobre todas las cosas, sin condiciones ni reservas. En la medida en que el ser humano ama a Dios, ama también los bienes creados, por eso, el amor a Dios tiene que ir siempre unido con el amor al prójimo (*1Jn 2, 8-10*). Es más, el amor al prójimo es el criterio que nos indica si el amor a Dios es auténtico (*1Jn 4, 20-21*).

En la espiritualidad cristiana, fe, esperanza y caridad van siempre juntas, de tal forma, que si falta una, las otras también faltan. La una sin las otras no puede subsistir: la fe mantiene la esperanza y la caridad; el amor en acción es la manifestación de ambas; y sólo con fe y con amor se puede llegar adonde esperamos.

Sin la fe, que nos lleva al conocimiento de Jesucristo, la esperanza se queda en la nada. Y sin la esperanza la fe se muere. La fe nos asegura que Jesucristo ha resucitado y que también nosotros resucitaremos con Él, y la esperanza es la fuerza que necesitamos para mantenernos en nuestro camino hacia el Padre. Y este camino hay que recorrerlo sembrándolo de amor a Dios y de amor al prójimo.

De esta manera, el creyente que vive la espiritualidad de la fe, la esperanza y la caridad, anticipa desde ahora la comunión total con Dios en el mundo futuro. Como cristianos, caminamos hacia la meta



pero no hemos llegado a ella, vivimos como peregrinos en el tiempo intermedio que va desde la Resurrección hasta la segunda venida de Cristo, y a este tiempo corresponden la fe, la esperanza y el amor.

Viviendo esta espiritualidad en nuestra vida cotidiana podremos cumplir el deseo del Papa Francisco con el que finaliza la Bula:

“El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria —tanto en la Iglesia como en la sociedad— en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación”.

Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. *2Pe 3, 13*), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (*Sal 27, 14*). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo”.



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

**Pienso un compromiso concreto, posible y revisable que me ayude a progresar en la fe;
otro compromiso para la esperanza; y otro para la caridad.**

A | RECONOCER:
¿HAY SIGNOS DE ESPERANZA
HOY EN DÍA?

B | INTERPRETAR:
¿CUÁLES SON ESTOS SIGNOS DE ESPERANZA?
¿CÓMO LEERLOS?

C | ELEGIR:
¿QUÉ PODEMOS HACER PARA SER
PEREGRINOS DE ESPERANZA?

SIGNOS DE ESPERANZA

**A) RECONOCER:
¿HAY SIGNOS
DE ESPERANZA
HOY EN DÍA?**





LA PALABRA (MT 16, 2-3)

«Al atardecer decís: “Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojo”. Y a la mañana: “Hoy lloverá, porque el cielo está rojo oscuro”. ¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?».

En la Bula de convocación del Jubileo, el Papa Francisco recuerda las palabras de San Pablo: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,35.37-39).

A partir de este texto, el Papa explica: «He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida».

La esperanza cristiana, pues, no es un mero optimismo o un cálculo de futuro basado en expectativas humanas o en datos de encuestas. Es una virtud teologal que, como explica Mons. Enrique Benavent en su Carta Pastoral “Una Iglesia esperanzada”, «se fundamenta en la certeza de que Dios, que es fiel a su palabra, cumple sus promesas de salvación; no se detiene en los resultados inmediatos de nuestras acciones y, sobre todo, parte de la primacía de la acción de Dios en la vida de la Iglesia [...] Nuestra esperanza está en la acción de Dios, por lo que, aunque en algún momento parezca que no tenemos motivos para el optimismo humano, no por ello debemos dejar de confiar en Dios, que es quien traza los caminos de la historia y conduce a su Pueblo hacia la meta del Reino de Dios».

Esta esperanza, pues, se ancla en el Cielo y encuentra allí una consistencia que ninguna situación histórica, coyuntural, puede hacer tam-



balear (cf. *Heb 6,1 8-20*). Con todo, el Señor, en su misericordia, nos hace descubrir, en la historia y en la Iglesia, algunos “signos” de que esa esperanza está fundada.

Unos signos que nos consuelan y animan a seguir esperando en el Señor sin dejar de ser fieles a esas «buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicásemos» (cf. *Ef 2, 10*). El mismo Papa Francisco lo dice en la Bula: «Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece».

¿Qué son “los signos de los tiempos”? Son aquellos acontecimientos que nos interpelan y hacen que nos planteemos preguntas. Ahí nos está hablando Dios, y por eso es necesario estar atentos a los signos de los tiempos, para descubrir la voluntad de Dios sobre uno mismo, sobre la sociedad y sobre la Iglesia.

El Papa Francisco nos dice que es necesario prestar atención a la realidad concreta, porque los tiempos cambian y los cristianos debemos cambiar continuamente, permaneciendo firmes en la fe en Jesús y en la verdad del Evangelio, pero moviéndonos continuamente según los signos de los tiempos. Debemos abrirnos a la fuerza del Espíritu y comprender bien qué sucede dentro y fuera de nosotros.

¿Cómo distinguir los signos de los tiempos? No es fácil, porque a menudo nos conformamos y nos dejamos llevar por opiniones o comentarios de otros, que hemos escuchado o leído. Sin embargo, interpretar los signos de los tiempos es un trabajo que debemos hacer cada uno nosotros, haciéndome esta pregunta: ¿Cuál es el mensaje que el Señor quiere darme con este signo de los tiempos?

Interpretar los signos de los tiempos supone adentrarse en las realidades humanas y dejarse interpelar por lo concreto de la vida en el mundo para descubrir en los hechos, en las relaciones, en los comportamientos... la llamada que Dios está haciendo para que la esperanza siga alentando nuestras vidas.

Para distinguir y comprender los signos de los tiempos, el Papa indica tres pasos: en primer lugar y ante todo, es necesario el silencio, hacer



silencio y “ver”, observar la realidad. Necesitamos detener el ritmo acelerado y los “ruidos” tanto exteriores como interiores, para tomar la vida entre las manos y detenernos ante ella. “Ver” la realidad con realismo, aunque no nos guste, y respetarla.

En segundo lugar, necesitamos reflexionar dentro de nosotros, para pasar de una mirada superficial a conocer la realidad en profundidad, en sus causas y en sus consecuencias, en las personas implicadas, en actitud de escucha de esos signos.

Y, por último, para interpretar los signos de los tiempos necesitamos orar, para ver la realidad como Dios la ve, para mirar desde la fe esos hechos, acontecimientos, personas... que entonces descubrimos como signos de los tiempos, aquello que Dios quiere decirnos hoy para que encontremos el camino de la esperanza.

✝ REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Qué hace que se debilite mi esperanza?

¿Sé distinguir e interpretar los signos de los tiempos?

¿Realizo los tres pasos: silencio, reflexión y oración?

Reflexiones

**B) INTERPRETAR:
¿CUÁLES SON ESTOS
SIGNOS DE ESPERANZA?
¿CÓMO LEERLOS?**





LA PALABRA (LC 21, 29-31)

«Mirad la higuera y los demás árboles. Cuando veis que echan brotes, os dais cuenta de que está próximo el verano. Así también vosotros, cuando veáis realizarse estas cosas, sabed que el Reino de Dios está cerca».

En la encíclica “*Fratelli tutti*”, el Papa Francisco, después detallas algunas de las sombras que amenazan nuestro mundo, indica: “A pesar de estas sombras densas que no conviene ignorar, en las próximas páginas quiero hacerme eco de tantos caminos de esperanza. Porque Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien”. (54)

Guiados por la Bula del Jubileo, podemos enumerar algunos signos de esperanza, y hacerlo en la clave que nos ofrece el Papa Francisco: son *dones* que ya están y son *tarea* que acometer; son, a la vez, una *realidad* ya presente y un *proyecto* hacia el que apuntar.

Enumeramos, resumiendo, los signos de esperanza que nos ofrece la Bula:

- El *don* del anhelo de paz en el corazón de tantos hombres y mujeres, que debe ir acompañado de la *tarea* de luchar la paz. Hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, y para ello se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos para superar lo que nos divide, procesos de perdón y reconciliación, sin perder la memoria de lo ocurrido pero rompiendo con el círculo vicioso de represalias y venganza (cfr. *Fratelli tutti* 225ss).
- El *don* de la misericordia, que debe ir acompañado de la *tarea* de las obras de misericordia (*vestir al desnudo, alimentar al hambriento, acoger al que no tiene hogar, enseñar al que no sabe...*), porque “no podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si damos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero.



Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de violencia que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros.

Finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: «En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor» (cfr. *Misericordiae vultus*, 2.15).

- El *don* del entusiasmo y energía de los jóvenes, que debe ir acompañado de la *tarea* de abrirles cauces de futuro. “En la Iglesia no faltan iniciativas ni experiencias consolidadas mediante las que los jóvenes pueden hacer experiencia de acogida y escucha, y hacer oír su propia voz. Sin embargo, a veces predomina la tendencia a dar respuestas preconfeccionadas y recetas preparadas, sin dejar que las preguntas de los jóvenes se planteen con su novedad y sin aceptar su provocación. Nos hace falta crear más espacios donde resuene la voz de los jóvenes”. (*Sínodo 2018*, n. 8)

“Se debe privilegiar el idioma de la proximidad, el lenguaje del amor desinteresado, relacional y existencial que toca el corazón, llega a la vida, despierta esperanza y deseos. Es necesario acercarse a los jóvenes con la gramática del amor, no con el proselitismo. El lenguaje que la gente joven entiende es el de aquéllos que dan la vida, el de quien está allí por ellos y para ellos, y el de quienes, a pesar de sus límites y debilidades, tratan de vivir su fe con coherencia”. (*Christus vivit*, 211ss)



- El *don* de los ancianos, que debe ir acompañado de la *tarea* de trabajar por la alianza entre las generaciones. “La Palabra de Dios recomienda no perder el contacto con los ancianos, para poder recoger su experiencia. Al mundo nunca le sirvió ni le servirá la ruptura entre generaciones. Son los cantos de sirena de un futuro sin raíces, sin arraigo. Es la mentira que te hace creer que sólo lo nuevo es bueno y bello. La existencia de las relaciones intergeneracionales implica que en las comunidades se posea una memoria colectiva, pues cada generación retoma las enseñanzas de sus antecesores, dejando así un legado a sus sucesores. Esto constituye marcos de referencia para cimentar sólidamente una sociedad nueva”.

Como dice el refrán: «Si el joven supiese y el viejo pudiese, no habría cosa que no se hiciese». Si caminamos juntos, jóvenes y ancianos, podremos estar bien arraigados en el presente, y desde aquí frecuentar el pasado y el futuro: frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas. De ese modo, unidos, podremos aprender unos de otros, calentar los corazones, inspirar nuestras mentes con la luz del Evangelio y dar nueva fuerza a nuestras manos. (*Christus vivit 188ss*)

- El *don* de apertura a la vida con una paternidad responsable, que debe ir acompañado de la *tarea* de legislar a favor de la familia y la educación. “La sociedad y la política no terminan de percatarse de que una familia en riesgo pierde la capacidad de reacción para ayudar a sus miembros. Nadie puede pensar que debilitar a la familia es algo que favorece a la sociedad. Ocurre lo contrario: perjudica la maduración de las personas, el cultivo de los valores comunitarios y el desarrollo ético de las ciudades y de los pueblos”. (*Amoris laetitia 51-52*)

“Hay una sensación general de impotencia frente a la realidad socioeconómica que a menudo acaba por aplastar a las familias. Con



frecuencia, las familias se sienten abandonadas por el desinterés y la poca atención de las instituciones. Las consecuencias negativas desde el punto de vista de la organización social son evidentes: de la crisis demográfica a las dificultades educativas, de la fatiga a la hora de acoger la vida naciente a sentir la presencia de los ancianos como un peso, hasta el difundirse de un malestar afectivo que a veces llega a la violencia. El Estado tiene la responsabilidad de crear las condiciones legislativas y laborales para garantizar el futuro de los jóvenes y ayudarlos a realizar su proyecto de formar una familia». (43)

En todos estos dones y tareas, vemos renacer la esperanza, a la vez que nos vemos interpelados a cuidarlos, cultivarlos, protegerlos, y esto redundando en favor de la misma esperanza que, como virtud teológica, requiere de nuestra voluntad y ejercicio para fortalecerse.



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Qué signos de esperanza descubro a mi alrededor, en la sociedad, en el mundo...?

Teniendo presentes los signos de esperanza que propone la Bula (la paz, la misericordia, los jóvenes, los ancianos, la familia...), ¿qué “tarea” estoy realizando para impulsar alguno de esos signos?



Reflexiones

A large, empty rectangular area with rounded corners and a light beige background, outlined by a dotted orange border, intended for reflections.

A group of people, including a young woman in the foreground, are shown in profile, looking upwards. The scene is dimly lit with warm, golden light, suggesting a church or a religious gathering. The woman has long, wavy hair and is wearing a dark sweater. The background shows other people, slightly out of focus, also looking upwards.

**C) ELEGIR:
¿QUÉ PODEMOS HACER
PARA SER PEREGRINOS
DE ESPERANZA?**



LA PALABRA (1PE 3, 15)

«Glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza».

Para ser peregrinos de esperanza, siguiendo la Bula, nuestra primera mirada debe ser teologal. Anclarnos en Dios, por la fe y la caridad. «La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las **“virtudes teologales”**, que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. *1Co 13, 13; 1Ts 1, 3*). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana».

Para ser peregrinos de esperanza, debemos poner los ojos **en las cosas últimas** (muerte, juicio, purgatorio, cielo, infierno, segunda venida de Cristo) porque *creemos en la vida eterna*: «así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental». Con la mirada en este amplio horizonte, podemos dar pasos concretos y seguros.

Para ser peregrinos de esperanza, debemos fijarnos en los testigos que nos han precedido: los **mártires**, que «firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza».

Para ser peregrinos de esperanza, debemos frecuentar el **sacramento de la Penitencia** y la verdad de las **indulgencias**, porque nos mantienen en la esperanza de que, a pesar de las caídas, podemos ponernos de nuevo en pie y seguir la peregrinación hacia la vida eterna. «La Reconciliación sacramental [...] representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre



su rostro tierno y compasivo». Y así, vivir el **perdón**, con Dios y con el prójimo. Ya que, «perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza».

*Para ser peregrinos de esperanza, debemos mirar a **la Madre Dios, Madre de Esperanza**. «En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida».*

*Para ser peregrinos de esperanza, debemos **vivir en primera persona la esperanza**, dejándonos atraer por ella para que «permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean».*

*Para ser peregrinos de esperanza, debemos tener los ojos atentos a los **signos de esperanza** y cultivarlos responsablemente.*

Como pide el Papa al final de la Bula: “Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (Sal 27, 14).



REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

Elijo alguna de las propuestas anteriores y pienso en un compromiso concreto, posible y revisable, que me ayude a ser “Peregrino de Esperanza”.



Reflexiones

A large, empty rectangular area with rounded corners, outlined by a dotted line, intended for writing reflections.

A | RECONOCER:
LA ESPERANZA, UNIDA A LA FE Y AL AMOR,
BASE FIRME DE LA VIDA

B | INTERPRETAR:
LA ESPERANZA ÚLTIMA ANTE LA MUERTE.
LA INDULGENCIA

C | ELEGIR:
VIVIR CON MARÍA
CON LA MIRADA PUESTA EN LA VIDA ETERNA

**ANCLADOS
EN LA ESPERANZA**



**A) RECONOCER:
LA ESPERANZA,
UNIDA A LA FE Y AL AMOR,
BASE FIRME DE LA VIDA**



LA PALABRA (HEB 6, 18-20)

“Nosotros que acudimos a Él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor”.

La cultura moderna ha secularizado la esperanza: esperanza para este mundo, aquí y ahora. Pero las esperanzas terrenas han llevado a la desesperanza espiritual. Por eso, en los números 18 al 21 de la Bula, el Papa Francisco destaca que la esperanza señala la dirección y la finalidad de la existencia cristiana y, además, ofrece las razones que la sostienen para que esa esperanza se convierta en la base firme de la vida.

El apóstol Pablo nos invita a “alegrarnos en la esperanza, a ser pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración” (cf. *Rm 12, 12*) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón. Todos podemos dar una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, en el Espíritu de Jesús, que lo convierte en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe.

¿Y qué esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más como en una espiral que nunca lleva a apagar el espíritu humano, sino a dejarlo vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en el amor, en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás: “el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor”. (*Rm 8, 39*)

Crear en la vida eterna es la base fundamental en la que se apoya la virtud teologal de la esperanza; nosotros, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un



abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Por eso podemos hacer nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos: «¡Ven, Señor Jesús!» (*Ap 22, 20*).

Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. Cristo “murió, fue sepultado, resucitó, se apareció”. (*1Co 15, 3-5*) Por nosotros atravesó el drama de la muerte, y el amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, «la vida no termina, sino que se transforma» (Prefacio I de difuntos) para siempre. El Bautismo, en efecto, derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad.

El Jubileo nos ofrece la oportunidad de redescubrir, con inmensa gratitud, el don de esa vida nueva recibida en el Bautismo, capaz de transfigurar el dramatismo de la muerte. Es significativo reflexionar sobre cómo se ha comprendido este misterio desde los primeros siglos de nuestra fe. Por ejemplo, los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, el de la resurrección, que abre el ciclo desde el tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Ésta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. *Rm 6, 22*).

De ahí que en el punto 7 de la Bula se nos invita a escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.

El Papa Francisco no duda que el testimonio más convincente de esta esperanza que, unida a la fe y el amor, constituye la base firme



de la vida, nos lo ofrecen los mártires, que se mantuvieron firmes en la fe en Cristo resucitado renunciando a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son más que nunca numerosos en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Tampoco elude la gran pregunta: ¿Y qué será de nosotros después de la muerte? San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti». (*Confesiones X,28*) Por tanto, lo que caracteriza esta comunión plena es el ser felices. La felicidad es la vocación del ser humano.

¿Y qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más como en una espiral que nunca lleva a apagar el espíritu humano, sino a dejarlo vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en el amor, en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás. Recordemos una vez más las palabras del Apóstol: «Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm 8,38-39*).

REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿En qué medida la esperanza cristiana es la base firme de mi vida?

¿Cómo influye la esperanza en la vida eterna en mi vida diaria?

¿Sé interpretar los signos de los tiempos en clave de esperanza?

¿El testimonio de algún santo mártir me ayuda a vivir mejor la esperanza?



**B) INTERPRETAR:
LA ESPERANZA ÚLTIMA ANTE
LA MUERTE. LA INDULGENCIA**



LA PALABRA (1PE 1, 3)

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho renacer para una esperanza viva.

El Papa Francisco indica en el punto 5 de la Bula que la vida cristiana es un camino y la esperanza es la compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús.

La esperanza en una vida que vence a la muerte es consecuencia de la fe en Dios. El ser humano tiene en sí mismo un deseo de inmortalidad y vida eterna que por sí mismo no puede satisfacer. El cumplimiento de ese anhelo sólo puede venir de Quien es la fuente de la vida. La esperanza en la vida eterna se consumará plenamente en la visión de Dios cara a cara.

La esperanza en la vida eterna provoca una gran pregunta: ¿Y qué será de nosotros después de la muerte? San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti». (*Confesiones X, 28*)

En los puntos 22 y 23 de la Bula se recoge el tema del Juicio de Dios, que es amor, y que se refiere a la salvación que esperamos y que, por tanto, está relacionado con la misericordia de Dios.

Ante todo, recuerda que hay un doble juicio: el primero tendrá lugar al culminar nuestra existencia humana y el segundo al final de los tiempos. San Juan nos dice que “Dios es amor” (*1Jn 4, 8.16*), por lo tanto, se tratará de un juicio diferente al de los hombres y tribunales terrenos; debe entenderse como una relación en la verdad con Dios amor y con uno mismo. El Juicio de Dios no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados. (cf. *Mt 25, 31-46*). Escribía Benedicto XV que «en el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría». (*Spe salvi, 47*)



En el Juicio se hará justicia a cada uno en particular, a los humildes y oprimidos, a los humillados y olvidados, a las víctimas anónimas de las catástrofes de la naturaleza y de la brutalidad y violencia humana. En este sentido, el mensaje del Juicio es también Buena Noticia y expresión de la esperanza cristiana, porque supondrá liberación de todas las angustias y adversidades de la vida presente.

El Juicio, así, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. En este sentido se comprende también la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno, ya que el mal cometido no se puede esconder y necesita ser purificado. La intercesión orante con la que nos solidarizamos con los difuntos se realiza propiamente en la comunión de los santos y en el vínculo común que nos une con Cristo. Por eso la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia.

La indulgencia, en efecto, permite descubrir lo ilimitada que es la misericordia de Dios. El sacramento de la Penitencia nos asegura que Dios quita nuestros pecados. La reconciliación sacramental representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que el Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. *2Co 5, 20*).

Sin embargo, en nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los “efectos residuales del pecado”, tanto a nivel exterior, como consecuencia del mal cometido, como a nivel interior, como apego desordenado que todo pecado, incluso venial, entaña y que necesita ser purificado, bien en la vida terrena, bien después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio. (cf. *CIC 1472*).

Dichos efectos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «nuestra “indulgencia”» (*Carta Apostolorum limina II - 23 mayo 1974*).



Esa experiencia colmada de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a perdonar. Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; pero, sin embargo, el perdón en el tiempo presente puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

✝ REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Qué sentimientos despierta en mí el Juicio de Dios?

¿Experimento la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación?

¿He participado en otros Jubileos para alcanzar la indulgencia? ¿Sabía su significado?

El sentirme perdonado, ¿me ayuda a perdonar a otros, y también a reconciliarme con mi pasado y mis errores?

Reflexiones



**C) ELEGIR:
VIVIR CON MARÍA
CON LA MIRADA PUESTA
EN LA VIDA ETERNA**



LA PALABRA (HCH 1, 14)

«Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús».

Finalmente, en los últimos dos puntos de la Bula, 24 y 25, el Papa Francisco apunta a María, la Madre de Dios, como el testimonio más alto de la esperanza.

Ella nos muestra cómo la esperanza no es un optimismo superficial sino un don de la gracia en la vida real de cada uno. Ella aceptó desde la esperanza las palabras que Simeón le dirigió: “A ti misma una espada te atravesará el corazón” (Lc 2, 34-35). También a los pies de la cruz, mientras veía a su Hijo sufrir y morir, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo Ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de la misión salvífica de su Hijo (cf. Mc 8, 31) y se convertía en Madre de la Esperanza para todos.

Tras recordar a María como la *Stella Maris* que acompaña en los borrascosos acontecimientos de la vida, el Papa Francisco desea que todos, especialmente los más atribulados, experimentamos la cercanía afectuosa de la Virgen, que nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

María, que “conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2, 19), nos enseña a vivir anclados en la esperanza con la mirada puesta en la vida eterna. Necesitamos meditar en nuestro corazón la Sagrada Escritura, que en Hb 6, 18-20 dice: «Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como *un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor*». Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en



la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte.

Esta esperanza —subraya el Papa— es mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, porque nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo.

El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por “la esperanza que no defrauda” (*Rm 5, 5*), la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria —tanto en la Iglesia como en la sociedad— en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación.

Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. *2Pe 3, 13*), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Que el Jubileo nos ayude a “dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pidiera, con delicadeza y respeto” (cf. *1Pe 3:15-16*). Dejémosnos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros llegue a cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé valiente; ten ánimo y espera en el Señor» (*Sal 27, 1 4*). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.



+ REFLEXIÓN INDIVIDUAL, PARA COMPARTIR EN EL GRUPO

¿Cómo me ayuda la presencia de María a vivir con esperanza en medio de las tribulaciones?

¿Qué lugar ocupa la Sagrada Escritura en mi oración y vida cristiana? ¿La medito en mi corazón?

¿Me siento, por Cristo, anclado en la esperanza, para vivir el presente con la mirada puesta en la vida eterna?

¿Cómo doy a otros razón de la esperanza cristiana?

Reflexiones



BIBLIOGRAFÍA



BENEDICTO XVI:

SPE SALVI

PAPA FRANCISCO:

BULA CONVOCATORIA AÑO MISERICORDIA

FRATELLI TUTTI

CHRISTUS VIVIT

EVANGELII GAUDIUM

LAUDATO SI'

LAUDATE DEUM

AMORIS LAETITIA

MISERICORDIA ET MISERA

CATECISMO CEE

MATERIAL DEL JUBILEO 2025



LA ESPERANZA NO DEFRAUDA



Handwriting practice area with 20 horizontal dotted lines.



A series of horizontal dashed lines for writing, spanning most of the page width.



VICARÍA DE
EVANGELIZACIÓN
ARCHIDIÓCESIS
DE VALENCIA



ARZOBISPADO
DE VALENCIA